



Columna

## Chile avanza, si la educación avanza



Francisco Catalán Mora  
Profesor de Inglés

La educación pública chilensis, por décadas relegada a un segundo plano, está viviendo una transformación. Los Servicios Locales de Educación Pública (SLEP) han abierto una ventana para soñar con un sistema más inclusivo, equitativo y ajustado a los contextos. Sin embargo, esta transformación, no es una meta; es apenas el comienzo y exige compromiso y perseverancia.

Hablar de los SLEP es reconocer una revolución silenciosa y paciente en la gestión educativa. Este modelo, que comenzó a implementarse hace siete años, busca sanar una herida que la administración municipal ochentera dejó abierta, en donde destacan la fragmentación y desigualdad entre territorios. Una realidad opuesta a lo presentado por esta nueva lógica.

La transición a este nuevo sistema no ha sido fácil ni inmediata. Las tensiones, los temores y, en algunos casos, las resistencias han aflorado en comunidades que sienten que sus particularidades aún

no son plenamente comprendidas. Este es uno de los grandes pendientes: consolidar una conversación genuina entre los SLEP y las comunidades escolares, para que las soluciones no se perciban como imposiciones.

Y es que en el corazón de este cambio late una idea poderosa: la educación pública como el gran igualador social. Una instancia donde las barreras económicas, geográficas y culturales no dicten el futuro de los estudiantes. Pero el desafío de la inclusión va más allá de abrir puertas. Es necesario mantenerlas abiertas, asegurando transporte escolar, programas específicos para estudiantes con necesidades educativas especiales y adaptando currículos a las particularidades culturales de cada territorio, todo considerando además las problemáticas actuales relacionadas a género, salud mental y cambio climático. Desafíos que demandan recursos y un cambio de paradigma que sitúe la diversidad como una riqueza y no como un obstáculo.

Los SLEP son un avance indiscutible, pero si algo nos enseña la historia de las políticas públicas es que los grandes cambios necesitan tiempo, ajustes y voluntad de mejora continua.

El compromiso con los SLEP debe ser más que institucional y en el papel; debe ser un pacto social. Como Chile, debemos exigir que este modelo no se estanque. Porque, aunque hoy podemos afirmar con orgullo que la educación pública avanza, el verdadero éxito radificará en que nunca deje de hacerlo.

Este cambio no es solo administrativo ni técnico; es un acto de fe en el potencial transformador de la educación. Un acto de esperanza que nos invita a construir un Chile más justo, donde el progreso de niños y jóvenes no dependa de su código postal, sino de su esfuerzo y sueños. Si la educación avanza, Chile también. Y en este camino, los SLEP son una herramienta invaluable, pero es nuestro deber asegurarnos de que cumplan su promesa de un futuro para todos.